UN CIUDADANO COMUN

por Nino Velasco

autor de «EL DIA OLVIDADO», «LICANTROPO» y «MURIDIANTROPO»

Pre: Sintió un detestable escalofrío y sin poder desechar sus temores, le invadió la profunda y reveladora sensación de que el hombre cuya presencia obsesionante le acosaba,* no era nadie en concreto*.

Que un tipo inteligente lleve una vida desordenada, y en cierto modo provocadora, en una pequeña capital de provincias, es algo que toleran mal sus tranquilos habitantes, sobre todo si el sujeto díscolo empieza a tener deudas en comercios y entidades locales y, sin embargo, sostiene una apariencia desafiante, un talante tranquilo y una indumentaria que no hace sospechar dificultades económicas. La población se siente entonces burlada por un personaje que, pese a sus deudas y no conocérsele una profesión concreta, mira a todo el mundo por encima del hombro y sus contactos con las gentes de bien están matizados siempre por un incuestionable desprecio. En torno a esta clase de personas, a todas luces peligrosas para la adormecedora marcha de la ciudad, se levanta poco a poco un cerco de vacío, única respuesta posible de una comunidad caracterizada por esa odiosa virtud que es el decoro social ante una especie de burlador insolente y desdeñoso.

* * *

La noche del 25 de septiembre, Enrique Luján regresaba a su ciudad desde Madrid, a donde, por diversas circunstancias que no vienen al caso, viajaba una o dos veces por semana. Volvía por la carretera de Andalucía en un Seat 124 con muchos kilómetros, aferrado al volante del suave vehículo y sumido en esa especie de anquilosamiento autómata que se produce cuando después de una noche sin dormir y una jornada agotadora te dispones aún a cubrir doscientos kilómetros nocturnos y tan sólo una abundante secreción de adrenalina te permite seguir la ruta sin ceder al sueño o a la dispersión de los sentidos.
La noche era clara y tibia, uno de esos nocturnos próximos a la vendimia en los que el campo de la Mancha, después de un día de calor agobiante, se impregna de un delicioso frescor embalsamado por el canto de los grillos. Conocía bien la ruta: Madrid, Aranjuez, Ocaña, La Guardia,

Tembleque, Madridejos y Puerto Lápice. Luego había que desviarse por una carretera secundaria, oscura y desierta, bordeada de álamos a trechos. En una recta prolongada y monótona, cuando ya estaba próximo a C... y mantenía el cuentakilómetros a ciento veinte, le vio por primera vez. A unos cinco o diez metros del morro del coche, iluminado intensamente por los faros, contempló a un hombrecillo vestido de oscuro que, gateando veloz sobre el asfalto, avanzaba delante del automóvil manteniéndose siempre a la misma distancia. La visión era del todo irreal: una especie de circunspecto empleado de banca que se desliza por la carretera gateando a ciento veinte kilómetros por hora delante de tu Seat, induce a pensar a cualquier hombre sensato que es víctima de una alucinación producto del cansancio. Había oído hablar de gente que, tras un prolongado viaje nocturno en coche, sufría fenómenos alucinatorios de esta especie.

Enrique Luján detuvo el automóvil y se bajó. En la calzada, lógicamente, no había nadie. Se dio unos paseos por los alrededores del coche. La luna iluminaba un campo fragante donde destacaban las sombras redondas de los olivos. Se metió de nuevo en el coche y reemprendió la marcha. Apenas faltaban cinco kilómetros para llegar a la ciudad, cuando vio de nuevo la extraña figura del hombre ponderado gateando vertiginosamente sobre el firme flamante de la carretera. A la derecha reconoció las luces de «P.P.», un bar de chicas al que acudían todas las noches esa clase de sujetos maduros que todavía le encuentran gusto a tomarse unos cubas libres servidos por señoritas procaces. Decidió pasar para beber algo fresco y ahuyentar aquella imagen que, pese a estar persuadido de su irrealidad, no dejaba de producirle un desagradable estremecimiento.

El local era amplio, y la luz amarilla de sodio proporcionaba a los rostros de los clientes y las camareras una apariencia violácea y espectral. Había tipos con aspecto de jabalí que proponían cosas turbias a muchachas provistas de minivestidos y alocados escotes. Pidió una cerveza fría a una mujer muy alta que se cubría el pecho con unos tirantes. Comenzó a beber y volvió la cabeza distraído para observar el establecimiento. Le dio un vuelco el corazón. Al fondo del bar, sentado en un diván oscuro y envuelto por la penumbra de una luz azulada, descubrió al hombre de la carretera, al fantasma que acababa de ver gateando delante de su coche. Dejó el trago de cerveza en suspenso; había tenido tiempo de identificar a aquella aparición insidiosa y se trataba, sin duda, del mismo personaje. Un individuo gris, pulcro, vestido de oscuro, con gafas redondas y doradas, provisto de un bigotito fino bien recortado y unos zapatos muy limpios de color marrón. Le miraba a los ojos impasible, con la compostura propia de quien aguarda en una antesala de respeto. Estaba solo y nadie le hacía caso. Se tomaba una copa de anís mezclado con agua.

Enrique accedió a un impulso atolondrado y se dirigió al cliente que estaba a su lado, una especie de carnicero que en ese momento le cogía la mano a una chica rubita.

—¿Ve usted a aquel hombre del rincón?

—¿Cómo?

—Allí, en el rincón de la derecha, hay un hombre...

—Sí...
—Gracias, sólo era eso... Gracias.
El tipo que parecía un carnicero se encogió de hombros y la chica rubita le dijo algo a Enrique Luján. Pero él estaba llamando ya a la mujer que le había traído la cerveza para abonársela. Salió del local precipitadamente. El hombre del diván, sin ocultar su gesto, más bien haciéndolo evidente, giró la cabeza al ritmo de los pasos de Enrique siguiéndole con la mirada hasta que salió del establecimiento.
Unos minutos después, aparcaba su coche en una bonita plaza de C... cubierta de acacias. Eran las cuatro de la madrugada y la ciudad estaba desierta. Habitaba en una calle de las llamadas peatonales, esa cosa sin árboles, pero con baldosas de colores, bancos de granito, falsas farolas modernistas y maceteros con plantas de hoja perenne. Tuvo miedo —una sensación poco habitual en un hombre sobre todo activo— cuando le vio otra vez sentado en el banco que quedaba justamente frente al portal de su casa. Permanecía sosegado e impertérrito, con la compostura de un administrativo modélico, mirándole sin pestañear, menudo y, sobre todo..., sobre todo irreconocible. No sólo jamás se había cruzado con él en la pequeña ciudad donde todo el mundo se conocía por lo menos de vista; sus rasgos, *demasiado comunes*, *exageradamente* comunes, tampoco le identificaban en ningún sentido. Sintió un detestable escalofrío al introducir la llave en la cerradura y tener la reveladora sensación de que aquel tipo *no era nadie en concreto*.
Hasta el momento de acostarse, Enrique Luján barajó en su mente montones de ideas dispersas, pero muy vivas, intentando explicarse de algún modo unos acontecimientos insólitos que le depararon, en la soledad de su piso, una vaga inquietud que lindaba con el miedo (esos momentos en que los espacios conocidos donde habitas se muestran cargados de un aura incierta que retrotrae a los primeros y viejos terrores de la infancia). El sobresalto tal vez fue tempestuoso cuando, sobre la repisa del cuarto de baño, junto a su máquina de afeitar, detectó la presencia de unas gafas doradas que no le pertenecían, precisamente semejantes o iguales a las que usaba el ignominioso personaje que le estaba atormentando la noche. Se acostó, hizo infinitas conjeturas encadenadas, se sobresaltó con todos los ruidos del piso y aún tuvo la curiosidad de levantarse para mirar, tras los visillos del comedor, a la calle. Allí continuaba el hombre modoso, sentado en el banco, mirando exactamente hacia la ventana, como si, pese a la oscuridad de la estancia y el espesor de los visillos, hubiese advertido la presencia acechante de Luján.
El despertador sonó a las ocho. El viajero se incorporó embotado por un sueño corto e inquieto; al principio no recordó los sucesos de la noche anterior hasta que penetró en el cuarto de baño y vio otra vez las gafas. La luz limpia de un día otoñal, fresco y agradable, le hizo evocar los sucesos nocturnos descritos como un fenómeno francamente alucinatorio. No tardaría en averiguar de quién eran aquellas gafas. Se duchó con cierto brío, se roció con colonia de su mujer, se puso ropa limpia y salió a la calle. Bueno, todas las prisas del regreso, el viaje precipitado en la noche, etc., tenían un dulce objetivo. Celia estaba en Valencia de vacaciones, con los niños, y resultaba justo y necesario pasar

aquel día con Fernanda, una chica que era una locura, un asunto bueno de verdad cuando se roza la cuarentena y te encuentras con un sueño perverso de dieciocho años capaces de cualquier cosa ofuscadora. Estaba esperándole en el bar La Cometa, tal como habían quedado, con un jersey azul de escote triangular, unos pantalones negros, su mirada equívoca y el largo cuello tentador. Desayunaron café con churros y volvieron en seguida a casa. Subieron besándose con cierto apresuramiento en el ascensor y se fueron deprisa a la cama. Omito la descripción de los originales jadeos de la chica en los momentos supremos, la tonalidad aceitunada de su cuerpo alargado y la tierna disponibilidad de sus muslos, que no añadirían datos significativos a esta historia. Es necesario anotar, sin embargo, que, a las once, Enrique Luján, agotado por dos jornadas tremendas y después de consumar ejercicios amatorios que naturalmente inducen al sueño, se quedó profundamente dormido. Ella se fumó un cigarrillo mirando al blanco techo. Entonces llamaron a la puerta.

—No abras —dijo él entre sueños.

No se repitió la llamada, pero la chica escuchó en el pasillo el roce particular que produce la introducción de un sobre por debajo de la puerta. Se levantó para verificar la veracidad de su deducción. Sobre el parquet brillante vio, en efecto, un sobre pequeño sin ninguna inscripción. Se lo llevó al dormitorio.

En el sobre de papel tela había tan sólo una fotografía en blanco y negro: el busto de un hombre pulcro que miraba directamente al objetivo. Fernanda concentró por unos momentos su atención en la imagen tratando de identificar aquel rostro entre los conocidos de su amante y después entre los habitantes de la ciudad. Sintió una fugaz sensación de atonía, o de vacío, o de desasimiento, al comprobar que aquellas facciones, en realidad, *no correspondían a nadie*.

—Es una foto de nadie —dijo.

Él cogió la cartulina sacando un brazo desde las profundidades de las sábanas y la miró con la atención dispersa de quien echa una ojeada a algo que le interesa poco. Después se sentó de un salto inopinado y clavó su mirada en aquel rostro de pesadilla. Ella advirtió que palidecía. Sobre el reverso no había nada escrito, salvo la marca del papel fotográfico. La rajó con saña; se le ensombreció la expresión. Hasta las cuatro de la tarde no pudo recuperarse.

Enrique y la chica salieron a la calle hacia las cinco y estuvieron bebiendo por los bares del centro. Tomaban «schweppes» con ginebra y dos horas más tarde es posible afirmar que el mundo era para ellos como una especie de colchón sedoso y fulgurante: estaban ebrios. La gente les miraba con prevención, los reconocía, advertía lo anómalo de aquella situación y después emitían comentarios insidiosos. Hacía fresco cuando se despidieron y él se dirigió hacia la estación para recoger a su mujer, que llegaba aquella noche, tratando de recuperarse mediante inspiraciones profundas mientras subía por las callejuelas sombrías que conducían hasta el centro ferroviario de la ciudad.

Había algunas personas en el andén principal que, como él, aguardaban a un Ter procedente de Madrid. Compró un paquete de Ducados y encendió uno. Entonces miró hacia el fondo de la estación y, tras la

bocanada de humo que acababa de expulsar, distinguió al abominable hombre impersonal casi sumido en las sombras de la zona ocupada por los depósitos de mercancías. Estaba quieto, como quien goza de la nostalgia antigua detenida en los ambientes ferroviarios provincianos. Le miraba. Enrique Luján, instintivamente, se introdujo en el vestíbulo para ocultarse, sintiéndose absurdamente amenazado por la presencia de un ciudadano anodino, cuya apariencia, a primera vista, resultaba del todo inofensiva. Ahora se aproximaba paseando tranquilo, con la mirada fija en los cristales tras los que Enrique observaba, como si un detector particular orientase siempre sus ojos hacia el lugar donde él se hallase. Los altavoces de la estación anunciaron la inminente llegada del tren. Salió del vestíbulo. El hombre se había colocado muy próximo al borde del andén, sin dejar de mirarle. El Ter azul no tardó en hacer su entrada en la estación.

Entonces ocurrió algo insospechado y horrible. Cuando el convoy llegaba a la altura del hombre inquietante, éste, súbitamente, sin que nadie quizás hubiera presentido tal reacción, se arrojó bajo sus ruedas. Un grito horrorizado de mujer traspasó los ámbitos de la estación y el chirrido de las ruedas del tren, detenidas tras un brusco frenazo, patinaron chispeantes sobre los raíles. La gente se arremolinó en torno al lugar donde había caído el desgraciado suicida. Enrique Luján, sobresaltado, se aproximó al grupo de curiosos que trataban de husmear los detalles más macabros de la tragedia. Consiguió ver algo bajo uno de los vagones: una pierna quizá cercenada cubierta por un trozo de pantalón sanguinolento. Sobre el borde mismo del andén había quedado un zapato marrón con algunas salpicaduras de sangre. Se retiró impresionado, sintiendo, sin embargo, un saludable alivio tras la desaparición de alguien que había comenzado a turbar aún más su existencia.

Su mujer no había llegado; sin duda algún imprevisto demoraba su regreso y la llamada avisándole de aquel retraso se habría producido seguramente por la tarde, durante las horas que estuvo con Fernanda recorriendo los bares del centro. Regresó a casa hacia las diez, sumido en una mezcla de sentimientos encontrados, cavilando sobre una serie de sucesos tan sorprendentes como inexplicables, proyectando buscar de nuevo a la chica para pasar una noche más con ella.

Estaba metiendo la llave en la cerradura de su piso cuando advirtió que el camino desde la estación hasta aquel descansillo había transcurrido en una especie de inexistencia, del mismo modo que, algunas veces, cuando llegamos a nuestro punto de destino somos incapaces de reconstruir en el recuerdo el trayecto que hemos seguido, tal ha sido la intensidad de nuestras elucubraciones durante el recorrido.

Al abrir notó que la puerta desplazaba algo al otro lado conforme se abría, algún objeto que debía estar colocado justamente tras ella e impedía una apertura normal. Encendió la luz y miró al suelo para comprobar de qué se trataba; la sangre afloró violentamente a su cerebro: un zapato marrón salpicado de sangre, fácilmente identificable, destacaba horrible sobre el parquet. La huida constituyó su primer impulso. Después, tras algunos minutos de dubitativa zozobra, optó por penetrar en la vivienda. Eludiendo las proximidades del atroz zapato se dirigió

hacia el salón para derrumbarse en el floreado sofá. Ahora sabía con certeza que una inconcreta y macabra amenaza le acechaba con una persistencia intolerable.

Recibió una llamada de Celia desde Valencia: por motivos que sería tedioso enumerar retrasaba su regreso hasta dentro de dos días. Sobre la mesa vio de nuevo la notificación del Juzgado de Distrito donde se le citaba para el día siguiente a las once de la mañana. Podía ser cualquier cosa: una multa de tráfico o algún acreedor harto. Trató de buscar a Fernanda infructuosamente haciendo un recorrido por sus ámbitos habituales y, obviando regresar a casa, se quedó a dormir en el único hotel de la ciudad.

Se levantó temprano para acudir a la cita del Juzgado. Era un edificio de mármol recién construido que parecía un mausoleo. En el destartalado despacho del Secretario había varias personas que aguardaban. Aquel hombre era una buena persona, capaz de comprenderle en cierto modo. Se trataba de la denuncia de una casa de electrónica donde Enrique comprara un video hacía dos años. Sólo había pagado tres letras. El Secretario le pasó a otra sala para explicarle el caso más en privado; no obstante, dos o tres individuos esperaban sentados en viejas sillas con el asiento de cuero.

No pudo escuchar lo que el funcionario le decía. En un ángulo de la estancia, semioculto por un magnífico armario castellano tallado a mano, permanecía sedente el hombrecito circunspecto que había visto, tan sólo hacía unas horas, arrojarse al encuentro del tren. Palideció. Su mirada, dirigida hacia el rincón del armario, era tan persistente, que el Secretario giró la cabeza para cerciorarse de qué cosa alteraba a su interlocutor. Enrique Luján le interrumpió tartamudeando:

—¿Quién? ¿Quién es... ese hombre?

El Secretario volvió a mirar hacia el fondo de la sala y luego observó el rostro demudado de Enrique.

—No lo sé, nunca le he visto... Debe estar esperando un juicio o algún otro trámite, ya sabe... ¿ Le ocurre algo?

—No, no...

Escuchó el resto de las recomendaciones de aquel comprensivo señor (si pagaba antes de quince días no le ocurriría nada, tan sólo se trataba ahora de la notificación de una demanda) embarazado por una agitación creciente.

Cuando salió del juzgado comprobó que le temblaban las piernas. Trató de coordinar un cúmulo de ideas, sensaciones e hipótesis con la turbulencia cegadora que embarga a un hombre que deambula por las calles aturdido a causa de un acontecimiento demasiado turbador para que sea posible serenar el curso de sus pensamientos. «Un espejismo en la carretera, coincidencias casuales, dos hombres muy parecidos...»

Subió a casa. Allí estaba aún el amedrentador zapato, que no osó tocar, del mismo modo que se evita el contacto con ciertos entes de aspecto incierto, amenazador o repulsivo.

Intentó localizar a Fernanda por teléfono. No estaba en ninguna parte. Diversas embestidas depresoras le condujeron a tumbarse en la cama y, sin advertirlo, se quedó dormido.

Varios timbrazos discretos le despertaron cuando ya era de noche y una

desagradable desorientación estragante hizo que volviese en sí sobresaltado, entrando de sopetón en el estado de vigilia sin recordar con precisión los acontecimientos inmediatos. Al principio pensó no abrir, pero la insistencia de las llamadas, espaciadas y comedidas, efectuadas probablemente por una persona tímida y educada, pero tenaz, le decidieron a incorporarse.

Avanzó por el pasillo tratando de recuperarse. Se hizo cargo de su situación al ver el zapato sobre el parquet. Abrió la puerta y una angustia devastadora le oprimió la garganta.

—Buenas noches —le dijo el hombre vestido de oscuro, con gafas redondas doradas y zapatos marrones, midiendo sus palabras con la precaución de las gentes recelosas. Era él.

Enrique, aterrado, no contestó; estuvo tentado de cerrar la puerta, despavorido ante una aparición tan inesperada como abyecta.

—Permítame pasar...

—¡No! ¿Quién es usted? —exclamó Enrique en un alocado arranque de valor.

—Permítame pasar y podré darle una cumplida respuesta...

Dos hombres se enfrentaban poco después en el silencioso recibidor del piso, iluminado por un foco del pasillo que creaba una penumbra ambigua.

—¿Quién, quién es usted? —repitió Enrique ofuscado por el desconcierto y el miedo—. Le he visto gatear por la carretera a cien kilómetros por hora y morir destrozado bajo las ruedas del tren; anoche, anoche...

El visitante le miró a los ojos. Luján no pudo precisar cómo la había sacado de alguna parte, pero la hoja de una navaja brillaba entre los dedos del execrable intruso y una sonrisa siniestra se perfilaba en sus labios.

—*Soy el ciudadano anónimo*. Eso es todo.

No dijo nada más. Enrique sintió el impacto del navajazo penetrando en la caja torácica, taladrando tal vez el corazón. Luego, a la distancia de los sueños, detectó otras cuchilladas, probablemente una en el cuello, otra, quizás, en el bajo vientre. Es posible que percibiera el cálido deslizamiento de la sangre por la garganta y el tacto espeso de su camisa empapada. Tuvo tiempo de recordar con angustia infinita la costa levantina y la tierna imagen de Celia en la playa del Saler; experimentó la desolación de la muerte en soledad y entendió con toda precisión cómo la ciudad estancada se deshacía de un vecino intranquilizador bajo la mano ejecutora de su pérfida masa inerte encarnada en el implacable ciudadano anónimo. El hombre se agachó, cogió su zapato y salió al descansillo. Cerró la puerta con cuidado.